

Colaboración de nuestros Jóvenes, Soldados

¿Véis aquel pulido mancebito, apuesto, como dice con gracia un crítico contemporáneo; con aire marcial y desenvuelto porte, cigarro en boca, llenando la calle con su importante personita, mirando por encima del hombro al pasajero y dignándose apenas, aquí perfilar un saludo y más allá dirigir una sonrisita protectora?

Indiferente y extraño a todo lo que en este mundo merece verdaderamente llamar la atención de un hombre. Pero en cambio se sabe al dedillo toda clase de críticas escandalosas, lleva una estadística minuciosa de estas insignificancias que constituyen la vida de los círculos de buen tono.

Conoce la biografía de todas las bailarinas del teatro; está al corriente de todo lugar y hora en que se pasan los corruptores ocios, que en su especial lenguaje llama de «buena sociedad»; lleva cuenta detallada de toda novela reciente, de toda función teatral estrenada o por estrenar.

Todo lo sabe, todo lo posee. Todo, menos esas tres cosas: la religión en que ha nacido, su dignidad de hombre y la noción de sus deberes.

¿Que podrá esperar la Patria de semejante mancebo? ¿Con que pensamientos de hombre podrá pasar el día de mañana a ser esposo de una mujer honrada y jefe de una familia? ¿Que cuenta dará de sí el desdichado que jamás dobló una rodilla, sino ante los despreciables ídolos de la moda?

Infeliz! Un día llegará en que, agobiado por la edad o consumido por el tedio, sentirá en su alma fría un vacío y ya, si la gracia de Dios no le asiste, no podrá ni concebir un sólo gesto de consuelo; odioso a su familia, desestimado de sus conciudadanos, verá precipitarse sobre

él una vejez prematura sin amor y sin honra, sin fe y sin esperanza.

Viejo y vicioso y ridículo o víctima desesperada de achaques sin remedio, dichoso él si a lo menos, en una de sus horas de angustia puede hallar el recuerdo de una oración de su infancia y pide misericordia a Dios, de Quien ha vivido tan olvidado.

Joven cristiano: no creas que estoy aquí inventando a capricho para divertirte o con ánimo de llenarte de escrúpulos y de terrores; estoy contando historias ciertas; te estoy confiando la amarga pena de mi corazón cada vez que veo a tantos padres negligentes o mal avisados, mirar con placer y hasta con orgullo como sus hijos van sepultando las más nobles enseñanzas que en la edad de la infancia recibieron en la iglesia y muchas veces de su madre.

Oíd a esos padres desventurados: «cosas de muchachos: le gusta ser aplaudido de todos y festejado de las damas... Eso es muy natural... Nada, nada; que se eche al mundo, que ya llegará el día de sentar su cabeza...» Y mientras el padre dice esto, el hijo vase cada día apartando de sus creencias religiosas; va cada hora creciendo en el amor propio; va formándose una idea falsa del mundo y mucho más falsa de la felicidad. Al cabo de cierto tiempo es ya incapaz de pensar en nada honesto, y el progreso de la edad, que sus padres aguardaban como remedio, no ha dado sino un desengaño y todo un abismo de vicios incorregibles.

Decidme, ahora, amados jóvenes: ¿Pensáis que puede caer jamás en esta desgraciada suerte el jóven que viva como cristiano, es decir, que frecuente los Sacramentos y que vele por su cuerpo y por su alma? No. Ya se sabe que a la juventud el mundo le sonríe mucho y ade-